

PASAJE DE CARLO-MAGNO.



Hay en París, entre los muchos pasajes que atraen la vista de los que van a visitar aquella capital, y mas en esta época de la Exposición universal, que irán probablemente a ver muchos de nuestros lectores, un pasaje que seguramente no es de los que mas han de llamar la atención.

Es de poco aspecto y hace una triste figura después de haber visitado y admirado el pasaje del Panorama, y la galería de Orleans.

Por eso mismo que es casi desconocido vamos a hacer su historia.

SEGUNDA SERIE.—1867.

El muro del recinto de París en tiempo de Felipe Augusto pasaba era el tiempo por el sitio donde hoy se halla la iglesia de San Luis, San Pablo, el liceo de Carlo-Magno, y toda la serie de casas que se extiende hasta el pasaje del mismo nombre.

Allí se construyó en el siglo XV un palacio que perteneció a los Montmorency y que en 1580 se dió a los jesuitas para convertirlo en casa de noviciado por el cardenal Borlon.

Esta casa era de las mas célebres de la orden, fué mo-

AÑO XXV. 13.

rada de los confesores de los reyes, entre otros del célebre padre Lachaise, y de un gran número de ilustres y sabios jesuitas, tales como los famosos predicadores Bourdaloue, Daniel y Menestrier.

En el año 1612, se construyó la iglesia según los planos de dos jesuitas, el padre Martel Angel, y después el padre Dewrando.

Luis XIII acompañado del arzobispo de París colocó la primera piedra del edificio, y el cardenal Richelieu celebró la primera misa.

Allí es donde Bourdaloue pronunció la mayor parte de sus elocuentísimos sermones, cuya grave y subida elocuencia, afectaba de tal modo el entusiasmo y los transportes de madama Sevigne, que decía, que hubiera querido hacer de ellos un caldo para sorberlos.

No vamos a describir ese edificio con su forma de gran aspecto, sobrecargado de adornos de mal gusto que le han dado los jesuitas, ni los monumentos fúnebres de que está lleno su interior.

A la extinción de los jesuitas en el ministerio del duque de Choiseul, el noviciado fué cedido á los canónigos reglares de Santa Catalina, del valle de los Escolares, que habitaban á su inmediación, y allí se estableció hasta el año de 1790 la biblioteca pública de París.

La ley de 1.º de mayo de 1802 revela la creación del Liceo de Carlo-Magno.

Entre todos los liceos de París, este es el que presenta una fisonomía particular. No tiene raíces en lo pasado como el de Luis el Grande, por ejemplo, ó como el de San Luis, heredero de algunos de los grandes colegios de la antigua universidad, de la compañía de Jesús.

Además no tiene por decirlo así, historia personal. El liceo de Carlo-Magno es sabido que no es más que un gran colegio externo, abierto solo á las horas de dar lecciones en sus cátedras, y cuyos discípulos son los de las casas de pension ó colegios particulares inmediatos.

Todos los días por la mañana y por la tarde se agolpan en grupos hacia la verja que se abre al lado de la iglesia, legiones de estudiantes, que salen de todas las casas de pensionistas que pululan en el *Marais*, principalmente en las calles de Cultura, de Santa Catalina y sus alrededores.

Aunque desnudo de todo recuerdo histórico, el liceo de Carlo-Magno pronto se ha sabido conquistar el primer puesto entre sus rivales. Es el terror de los grandes concursos, y poco á poco todos los años va reuniendo en sus alumnos todos los premios, todas las coronas universitarias.

El pasaje de Carlo-Magno solamente se halla desde 1825 abierto al público.

Su entrada es triste, irregular, sombría, y después no da salida más que á un patio estrecho que no presenta interés alguno, á no fijar la atención en un ángulo saliente, donde se ven los mal conservados restos de una casa que tiene todo el sello y carácter de las construcciones del siglo XV.

Son los restos de un palacio célebre en otro tiempo, que tuvo diversas peripecias, y que concluyó por ser el palacio de Graille, de quien ha hablado Soulay en su curiosa obra *De las Antigüedades de París*.

Del preboste Aubriot, aquel entusiasta y celoso auxiliar del sabio rey Carlos V, esta antigua mansión pasó á manos del hermano de Carlos VI, Luis de Orleans.

Fué uno de los innumerables palacios y casas de aquel príncipe que fijó allí la sede de su orden del Puerco es-

pin, instituida por él en 1394 en celebridad del nacimiento de su hijo.

Después pasó sucesivamente á ser propiedad de Juan de Montalge, el poderoso y afortunado superintendente de Hacienda, del valiente condestable de Richemont, de la familia de Estoiville, y por último, de Luis Moulet, señor de Graille, gobernador de Picardía y Normandía, caballero de la orden del Rey, almirante de Francia en 1487, y que murió á los sesenta y ocho años de edad el 30 de octubre de 1516.

El almirante Graille, de quien hoy ya nadie se acuerda, gozó un gran favor y crédito en la corte de los reyes Luis XI, Carlos VIII y Luis XII. Fué uno de los mas insignes personajes de aquella época.

Pasando así á las diversas ramas de una misma familia, el vasto palacio ha sufrido tantas modificaciones, y transformaciones que vino al fin á reconstruirse y reedificarse de nuevo.

Al fin del siglo XVI quedó enclavado en la casa del noviciado de los jesuitas, y hoy en la parte que ha quedado habitable, la ocupan gentes, que por cierto en nada se parecen, ni recuerdan á los Montaigne, y los Graille, tan célebres como históricos personajes.

ESTUDIOS HISTORICOS.

PELAYO EN COVADONGA.

LA RESTAURACION DE ESPAÑA.

El monte Auseba. — Rápida ojeada sobre el Islamismo. — Su conquista de España. — Retirada de Pelayo á Asturias. — Primavera de 718. — Importancia de la expedición de los árabes sobre Asturias. — Batalla de Covadonga. — Sus resultados inmensos para la humanidad. — El suceso de Covadonga considerado arqueológicamente. — Descubrimiento de la Cueva Longa y de la Virgen. — Su ermita. — Colegiata. — Sus grandes privilegios. — Incendio de la antigua ermita. — Construcción del pedestal para una nueva. — Visita de la reina Isabel II, á Covadonga. — Fiesta anual popular. — Tres monumentos más de la victoria de Pelayo.

Hay en el Norte de la España un monumento asentado por la mano de Dios desde el tiempo de la creación, y cuya duración probable será la del mundo, que atestigüa el heroísmo del pueblo español, y su constante devoción y confianza en María.

Es el altísimo monte Auseba, hoy *monte de la Virgen*. En Asturias, al oriente de Cangas en un estrecho y sombrío valle, en una vega limitada por tres cerros, se alza á cuatro mil pies de elevación una roca que tiene por base una Peña de ciento ochenta pies, de granito, coronada de hayas y de encinas, con un gran lago en su cima. En su centro se abre la Cueva Longa teatro de grandezas históricas, cuya boca es de cuarenta pies por treinta de fondo y desde diez á cuarenta de altura, con una tosea capilla á la Virgen, suspendida casi en el aire á noventa pies sobre el río Deva, que cae perpendicularmente en un hermoso castillo de piedra y por cuya puerta se desprende con grande estruendo formando al caer en una magnífica

cascada un inmenso velo de plata, bordado de brillantes espumas, obra con que el genio del hombre ha contribuido á embellecer aquel monumento gigante de la naturaleza.

En aquella Cueva Longa, que con el trascurso de los siglos, y por corrupcion del lenguaje, se llamó despues *Covadonga*, se detuvieron los sarracenos en el momento en que iban á tomar el Mediodía de la Europa por punto de partida de una invasion general hácia el Norte. Allí se decidieron los destinos futuros de la España y la suerte de toda la cristiandad.

El catolicismo debia sufrir la influencia de todas las tiranías y de las conmociones políticas mas terribles, para probar mejor al mundo que nada prevalecerá contra él.

En efecto, mientras el Occidente se iba poco á poco penetrando del espíritu cristiano, se hizo en Oriente una de esas revoluciones de grande espectáculo que imponen á la multitud por algunos resplandores de verdad, empero que dejan en pos de sí una huella de errores y de calamidades sociales.

El héroe de esta revolucion era un árabe: Mahoma. Profeta y caudillo estendiendo con la conquista su doctrina.

Poco faltó para que los califas sus sucesores, no fuesen muy pronto señores de las regiones donde el catolicismo habia hecho sus mas numerosas conquistas.

Despues de la muerte del profeta, la Persia, que tan alto se habia levantado en el aprecio y en la admiracion general desde el primer siglo hasta Chosroes, se hallaba destrozada por guerras intestinas; los crímenes habian ensangrentado el palacio imperial, y descontentos los pueblos no deseaban mas que una ocasion de romper el yugo de la tiranía. No tuvieron largo tiempo que luchar los califas para apoderarse de aquel imperio: bastáronles tres campañas. Por otra parte, de tal modo se habia deshonrado el imperio de Oriente, por sus tratados con los bárbaros; de tal modo se habia empobrecido en pagar las tropas que aquellos le suministraban, para conservar algunos pedazos del Occidente, y tanto se habia envilecido bajo los sucesores de Mauricio y de Focas, que ningun temor podian inspirar á hombres resueltos y que dirigia la exaltacion del fanatismo. El imperio de Oriente se dejó despojar casi sin defenderse de muchas ricas provincias.

Desde entonces se exaltó mas y mas la ambicion en la ardiente cabeza de los árabes.

Devastan las comarcas que se hallan al Norte de su país, y se dirigen sobre el Mediodía, se corren sobre el Africa Septentrional, y en menos de medio siglo son dueños de todas las comarcas que se encuentran desde el Egipto hasta la Mauritania.

Desde allí dirigen su vista sobre la España, la codician, y se aprestan á su conquista, á que los convida la degradacion de la monarquia goda.

Witiza, que reinaba en este país, habia irritado á los señores y al pueblo por sus injusticias y sus desórdenes; la guerra civil habia elegido á don Rodrigo en su lugar, á don Rodrigo el hijo de Teodoro y el nieto del rey Chisdasvinto: los partidarios del uno y del otro se encarnizaban en atroces combates.

No hay duda, Muza-ben-Nosaia, jefe supremo de los árabes, en breve poseerá la España. Manda inmediatamente á ella á Tarif-Abdalahí, uno de sus mas bravos servidores, le da para secundar su valor y su prudencia, á Abuzara, Munuza, Alkamah, con muchos otros recomendables caudillos y les entrega la España á sus golpes.

Tarif pasa el estrecho, se apodera de Calpe y allí se for-

tifica. En vano don Rodrigo levanta tropas, reúne á su partido los hijos de Witiza: los días de la monarquia goda estaban contados, y el 31 de julio de 711 en los campos de Jeréz, y en las márgenes del Guadalete, en una grande, única y terrible batalla que duró tres días, se decidió el triunfo de los sarracenos. Despues de esta brillante victoria Tarif saquea las ciudades, los monasterios, degüella cuanto se presenta á su paso sin distincion de sexo, edad y condicion y es dueño de la Andalucia.

A la noticia de estos triunfos, Muza-ben-Nosaia, que hasta entonces se habia mantenido en Africa, quiere participar al menos de la gloria ó los despojos que caian en poder de Tarif, y pasa el estrecho á su vez seguido de considerables refuerzos. Inmediatamente se dividen y cambian los papeles, Muza como jefe y Tarif como su teniente, se meten en el interior de España. Abdalazis, hijo de Tarif, se apodera de las costas del Mediterráneo, Munuza ocupará las del Occéano.

Cada cuerpo de ejército se pone en marcha hácia el sitio designado. Pronto la España gime desolada; porque toda la España sufre la ley de un vencedor tanto mas feroz cuanto es mas codicioso de sus despojos.

La historia para los pueblos antiguos era un drama: así le revestian de fabulosos y maravillosos episodios. Para nosotros la historia es el exámen severo de los hechos ante la sana critica. Así los historiadores acompañan la pérdida de la España de los voluptuosos amores del rey don Rodrigo, del infame forzamiento de la Caba, del dolor de la hermosa Florinda, y de la traidora venganza de su padre el conde don Julian: hechos falsos que rechaza la verdad de la historia, que halla sobrada y suficiente causa para la caída del imperio de los godos en las facciones con que se hallaba destrozado, en los vicios de su corrompida corte, y en la ambicion del gobernador de las fronteras de Africa.

Mientras los árabes imponian á las mas opulentas ciudades de la España, la autoridad de su espada y de su organizacion administrativa, hubo una especie de emigracion hácia las montañas de Asturias, Cantábría y la Vizcaya, que habian permanecido independientes. Allí acudió una multitud inmensa de cristianos católicos, celosos de conservar su libertad religiosa y política. Para estos la batalla de Jeréz de la Frontera no habia sido solo una violacion del suelo de su patria, era el triunfo del Coran sobre el Evangelio. Bastaba esto para mantener en el corazon de aquellos héroes las mas enérgicas resoluciones. Desde el momento en que se hallaron en posicion de obrar, quisieron un rey á la altura de las circunstancias, eligieron á don Pelayo; Pelayo, primo del rey don Rodrigo; Pelayo, el hijo de Favila, uno de sus principales señores godos; Pelayo, que se habia batido como un leon en las márgenes del Guadalete contra Muza y Tarif, como conde de los Espatarios ó de la Guardia, y que habia llevado el resto de los cristianos á Toledo marchando despues á Asturias, reuniendo en torno suyo á cuantos iban á buscar un refugio al pié de la cruz, y á ponerse bajo la proteccion de su espada.

Parecíanles pobres y miserables y de difícil acceso aquellas ásperas regiones á los que tan fácilmente se habian apoderado de las ricas campiñas del Mediodía y del Oriente, y así descuidaron su conquista no tentándoles su codicia, no sospechando que aquellas montañas fuesen un centro de resistencia y el grano de arena en que debia de estrellarse el impetuoso mar de sus victorias.

Se asusta la imaginacion al contemplar que la sombra del falso profeta Mahoma en el espacio de menos de un si-

glo conquistase mas tierras, que habia conquistado el imperio romano en setecientos años de victorias. Asusta seguirla en su vuelo cuando lleva en los pliegues de su toga una multitud de pueblos asombrados de hallarse frente a frente y atados por las mismas fatalidades, y las mismas promesas; empero si Mahoma hombre de fanatismo y de los golpes atrevidos de mano es una gran figura histórica, es muy diferente al estudiarse en sus relaciones con las mejoras sociales.

Siete años hacia que los sarracenos ocupaban la España despues de haber sometido el Africa. Helor, el cuarto wali, se dispone á llevar mas adelante sus vencedoras armas, á entrar en la Galia gótica y á penetrar desde allí en la Italia, siguiendo el mismo camino que siglos antes habia seguido Annibal. Con una especie de habilidad militar que no podia suponerse en ellos, no quisieron avanzar sin sujetar el movimiento de resistencia que se organizaba en Asturias, que desde lo alto de sus montañas aparecia como una esperanza para el resto de los oprimidos pueblos.

Alkamah recibe el encargo de someter con un poderoso ejército de cerca de doscientos mil hombres las montañas de Asturias para apagar aquel foco de resistencia que alentaba la España, y podia comprometer sus operaciones en la Galia.

Pelayo y los suyos se habian jurado mutuamente verter hasta la última gota de su sangre por el restablecimiento de la monarquía y del culto de Cristo.

Era la primavera del año 718.

Al soplo de las tibias brisas de mayo se habian derretido las nieves que coronaban los ásperos riscos de Cantabria; la creacion parecia revestirse de sus galas primaverales, y el aire en los bosques, y el murmullo de las ondas del Deva, todo respiraba felicidad. Las mariposas y las aves se posaban en las primeras flores. Todo era nuevo en la naturaleza, las yerbas, el musgo, las hojas, el perfume, los rayos del sol parecian de un sol nuevo y que nunca habia servido, segun la hermosa espresion de Victor Hugo: el Enol, destilando sus aguas desde la cumbre del Auseba, tendia á sus pies una sábana de brillante esmeralda. La primavera bienhechora entonaba por los pájaros, las flores y las aguas, un himno de nueva vida y de renovacion al Criador. Hasta en la desfallecida monarquía, aletargada por siete años, se dejaban sentir algunos latidos precursores de su resurreccion, en el corazon de aquellos guerreros que habian elegido por rey de aquellas montañas al hijo de Favila.

Identificados por la religion, unidos por el infortunio en las montañas de Asturias, se borra la diferencia de razas, de godos y de romano-hispanos, que tantos males habia causado, y desde entonces no hubo ya mas que un solo pueblo.

Suenan las trompetas godas y mugen los cuernos de caza y guerra astures en medio de aquellos quebrados riscos y aquellos espesos bosques; y aquellos riscos y aquellos bosques vomitan olas de combatientes medio salvajes, que armados unos corren á reunirse con Pelayo en la Cueva Longa, y desarmados otros, con las mujeres, los niños y los ancianos marchan á ocupar los mas elevados picos del Auseba y las alturas y colinas inmediatas, aguardando á que los árabes penetren en aquellos desfiladeros.

Preséntase Alkamah y su poderoso ejército.

La suerte del mundo iba á decidirse entre los astures y los sarracenos. Los montañeses cántabros no sospechan los destinos que estaban encomendados á su espada; sin embargo, un sentimiento instintivo de la grandeza de la

lucha que iban á emprender, les hace postrarse con el hijo de Favila ante el rústico altar que hay en aquella cueva, donde se han guarecido cual en un inaccesible nido de águilas, é imploran el apoyo de la Madre de Cristo, de quien dice la Escritura Santa *que es fuerte cual un ejército colocado en orden de batalla.*

Al ver Alkamah retirarse las tropas de Pelayo, que cuenta apenas con mil hombres completamente armados de guerra, vacila tambien por la vez primera, y en aquel momento, uno de los mas solemnes de los fastos del género humano, se observan y examinan con odio y terror aquellos dos ejércitos, ó mas bien aquellos dos mundos, inspirándose un reciproco asombro por la diferencia de su fisonomía, de su traje y de su táctica. Los cántabros contemplaban con sorpresa á aquellos hombres morenos, con variados turbantes, blancos albornoces, rayados alquiceles, escudos redondos y corbos alfanges, montados en caballos ligeros y de largas crines, que á su vez miraban con asombro á aquellos gigantes del Norte de luengos cabellos, membrudos brazos, con sus cascos de hierro, y sus cotas de malla ó cuero, y sus largas espadas y pesadas hachas.

El islamismo se encontraba delante del último baluarte de la cristiandad. Despues de los visigodos, quedaban los asturianos, despues de los asturianos los francos, despues de los francos nada. No eran, pues, los anglo-sajones aislados en el fondo de su isla, no eran los lombardos, débiles dominadores de la exhausta Italia, no eran los greco-romanos del imperio del Oriente los que podrian salvar la Europa. Tenia bastante que hacer Constantinopla para salvarse á sí misma.

Un cronista de aquella época, Isidoro Beja, no se engañó seguramente al llamar al ejército de Pelayo, *el ejército de los europeos.* Destruído este ejército, el mundo era de Mahoma, es decir de los enemigos de Cristo. ¡Y quién puede decir cuanto hubiera sufrido Roma y los soberanos pontífices!!!

La leyenda, que cual la yedra al olmo, crece, se enrosca, estrecha, sofoca y hasta llega á matar la historia, alterando su severa verdad, cuenta, apoyada en la tradicion popular, que Alkamah quiso evitar una batalla en que, aunque contaba salir vencedor por lo numeroso de su ejército, debia derramarse muchísima sangre por lo fuerte de las posiciones de los cristianos.

El traidor don Opas, arzobispo intruso de Toledo, que siete años antes en las márgenes del Guadalete y en lo mas recio de la pelea se habia pasado al ejército de Tarif, fué el enviado por Alkamah á pedir su sumision al noble Pelayo.

Indignado rechaza el hijo de Favila las lisonjeras promesas del apóstata prelado, y le muestra su decision de morir con todos los suyos por su patria y su religion, que si cual la luna disminuye su forma alguna vez, luego recobra su primitiva grandeza y plenitud.

Fundados en la sana critica no demos asenso á este hecho de que solo hacemos mencion por mostrar cuanto se ha escrito sobre el célebre suceso de Covadonga.

Viendo Alkamah la defensa á que se preparaba Asturias, se dispuso á atacarla fuerte y vigorosamente.

Preparados los árabes con la oracion de la mañana, da Alkamah la señal del combate: entra en el estrecho valle de Auseba, en el que no podia presentar sino un frente igual al que le oponían los cristianos refugiados en la cueva. Deja imprudente los inmensos flancos y la retaguardia de su inmenso ejército cerca de Cangas, espuestos al ataque de los que cubrian las colinas inmediatas. Alkamah

confiaba en su inmenso número, y estaba seguro de tomar la cueva por tenaz y desesperada que fuese su resistencia.

El ejército cristiano recibió sin conmoverse la lluvia de flechas que contra ellos disparaban los arqueros berberiscos, de las que muchas, rebotando en las rocas herían de rechazo á los infieles, con las que con certero tino desde la gruta y delante de ella arrojaban los cristianos. Las masas de caballería musulmana se lanzan entonces á la carga y dando su famoso grito de guerra *Allah ad bar* (Dios es grande) cayeron como un inmenso huracán sobre el frente de los asturianos. La línea de éstos, colocada delante de la cueva, no vaciló, no se plegó, permaneció inmóvil bajo aquel espantoso choque, como un muro de bronce, como un baluarte de yelo; los hombres de las montañas permanecieron unidos, estrechados los unos con los otros, como hombres de mármol. Seis veces los árabes volvieron bridas para tomar carrera y volver con el empuje y rapidez del rayo: seis veces su impetuosa carga se rompió sobre aquella inquebrantable zona.

Pelayo se lanza de su cueva, arrolla, hiere, mata cuantos se le presentan, y sus colosos de Asturias descargan sobre los árabes sendas cuchilladas, hendiendo de alto abajo á aquellos hombres del Mediodía, de mediana estatura, ó traspasándolos con la punta de sus largas y pesadas espadas.

Los otros cristianos colocados en las alturas hacen rodar en tanto sobre los aturdidos árabes encajonados en los desfiladeros, grandes peñascos y gruesos troncos que los aplastan bajo su enorme pesadumbre.

Alkamah ve caer en torno suyo sus mas valientes oficiales, y muere á su lado su teniente Muley-Man, y ordena entonces la retirada.

Un grito de gratitud y de reconocimiento á Dios se alza del ejército cristiano, y Dios responde con su poderosa voz como en el Sinaí. Retumba el trueno, estalla el rayo, rásganse las nubes y torrentes de agua caen sobre los fugitivos árabes, que desbandados trataban de ganar la falda del Auseba, á cuyo pie corría desbordado el Deva.

Levantóse una terrible tempestad que aumentó el espanto y terror de los vencidos. La lluvia, que caía á torrentes, las peñas y troncos que por todas partes rodaban sobre los árabes, el movedizo suelo, que se hundía bajo los pies de los que habían logrado trepar por alguna pendiente, y que resbalados por aquellos peñascos caían sobre los del valle, y perecían ahogados en las desbordadas aguas del Deva, ha hecho creer á la piedad cristiana, que la montaña, arrancada de repente de su base, rodó sobre los infieles y que ninguno de ellos escapó á la destrucción, permaneciendo enterrados sus huesos bajo aquella enorme masa. Muchos siglos después, cuando crecientes del Deva descarnaban las faldas de las colinas, se han descubierto huesos y armaduras de los árabes.

Con gran júbilo recibe toda la cristiandad la noticia de esta inesperada victoria, y en todos los templos de la Francia y de la Italia se dieron á Dios gracias por ella.

Pelayo anunció su victoria al papa Gregorio II, á quien la Iglesia ha colocado en el número de los santos y que tuvo el inefable consuelo de que en el mismo año en que se salvaba la cristiandad en Covadonga, la Inglaterra, por medio de Wesifrido, entrase á ser una de las primeras naciones católicas, y cambiando el nombre de aquella gran lumbrera de la Iglesia Wisifrido, en el de Bonifacio (*haciendo el bien*), lo constituyó en el apóstol de Alemania, que evangeliza y convierte.

Segun el rey don Alfonso, y tal vez segun otros copistas que han seguido á Mariana, Ferreras y otros historiadores españoles, el número de los árabes que perecieron en la batalla de Covadonga, y en la que tres días después se dió en la vega de Cangas, y en la que murió el fugitivo y vencido Alkamah, general sin ejército, fué el de ciento veinte y cuatro mil hombres.

Una capilla elevada á la Santa Cruz marca aun el sitio de esta batalla, y con piadosa fé aun enseñan los aldeanos unas profundas rayas sobre una piedra á orillas del camino, que dicen ser el resbalon del corcel de don Pelayo, señalando con igual sencillez unos peñascos por entre los cuales el diablo, durante la acción, cargó con el arzobispo don Opas y se le llevó á los infiernos. ¡Siempre la leyenda adulterando la historia!

Los árabes evacuaron á Asturias que nunca jamás debían de volver á pisar, y se retiraron á la parte oriental de España.

No es nuestro ánimo discutir la pérdida que la historia y la tradición atribuye á los árabes, pero podemos asegurar que la victoria de Pelayo fué una gloriosa resistencia, la mas gloriosa de cuantas habían experimentado los ejércitos de los califas desde que se habían lanzado en las aventureras expediciones, y la mas fecunda en sus resultados útiles para la humanidad.

¿Cuál hubiera sido el porvenir de la humanidad si hubiese sido ahogada en su cuna la civilización europea de la Edad media? Destruído el ejército de Pelayo, el fatalismo que proclama el Corán hubiese sido la ley del mundo; el principio de la disolución social mas pronto ó mas tarde inevitable. Mahoma, admitiendo la fatalidad, mataba virtualmente todos los pueblos que aceptaban su creencia.

Lo que hace la gloria de las naciones es el despliegue mas completo y mas universal posible de todas las facultades que las componen. Lo que hace la gloria de los individuos es la libertad metafísica de que gozan, son los esfuerzos que desarrollan en todas direcciones para conquistar instituciones ó resultados mas ó menos ventajosos, es la conciencia de esta libertad y su ejercicio. De aquí provienen, en efecto, los arranques de genio que de tiempo en tiempo iluminan el espacio, los descubrimientos que nos dan el secreto de nuestro origen y de nuestro fin, y por eso la raza humana crece, y siempre crece por aplicaciones mas ó menos ingeniosas ó mas ó menos amplias de la verdad eterna.

Con la fatalidad de Mahoma, al contrario, todo languidece, todo se enerva; el menor efecto contrariado cede á una voluntad irresistible; las mas grandes calamidades que reparan y evitan los pueblos no fatalistas, son para los pueblos fatalistas necesidades que es preciso sufrir. Con la ley de Mahoma, el hombre y las naciones están condenadas á la esterilidad en los mas radicales y mas vivos sentimientos de su poder.

La ley mahometana, es sobre todo, y siempre viciosa, en la posición en que coloca á la mujer. La mujer, la compañera del hombre, la igual al hombre, es siempre un contrasentido en el Corán, que confirma, y aun exagera la poligamia.

Mahoma destruye la mitad mas ingeniosa, mas sutil de la humanidad, destruye con un mismo golpe el espíritu de familia, de quien la mujer es la Providencia y el espíritu social, que no es otro que el concurso universal de los dos sexos de una nación, hacia las mismas glorias y el mismo objeto.

La mujer para Mahoma, es solo una materia de goce, un juguete que divierte en tanto que agrada y que se desecha cuando cesa de gustar, y sobre esta misma idea construyó su paraíso y las huiries que lo habitan.

Mahoma dividió la humanidad en dos categorías, la una toda sultana, la otra toda esclava.

No hay que hacerse ilusión sobre alguna superioridad accidental, ni dejarse deslumbrar por los elegantes monumentos del arte y de la literatura que se vieron nacer en Córdoba, Granada, Bagdad, ó Schirad. El islamismo en las creencias europeas no era un nuevo desarrollo de la humanidad, sino un funesto impulso al retroceso que debía de precipitarle sin transición de un fanatismo ciego y temerario en una estúpida inercia. No hay mas que considerar lo que esos musulmanes arrojados por nosotros á su país han hecho, hacen y harán en las regiones que todavía les quedan.

El célebre dominico Lacordaire, decia en su conferencia del 21 de diciembre de 1845: con su robusta elocuencia y su poderosa voz. «¡Mirad al musulmán! Posterior es á nosotros en seis siglos! Mahoma tenia el Evangelio en sus manos, podía copiarlo, y lo copió en efecto. Y bien, ¿qué es el musulmán? ¿Qué se ha hecho bajo su dominación de la Grecia y de la Siria? ¿Dónde está solamente el cultivo de sus campos? ¿Dónde está el aspecto terrestre de aquellas comarcas que con tantos otros famosos recuerdos nos habian transmitido la memoria de sus montañas y de sus valles? *La misma tierra no ha podido vivir bajo el innoble yugo de una administracion que no ha aprendido en mil doscientos años de vida á proteger una espiga de trigo. No hablo de lo demás. Dios les ha dado los paises mas bellos del mundo, despues de haberles dado la prosteridad aun sobre su Evangelio, á fin de revelarnos por este ejemplo tan inmediato como ilustre, en lo que vienen á caer las naciones que rechazan el Evangelio promulgado y conocido.*»

¡Citamos con placer al padre Lacordaire, esa brillante lumbrera de la Iglesia que la muerte ha apagado aun no hace muchos años!

Despues de una batalla tan memorable y de tan inmenso resultado para la humanidad, no comprende la imaginación el por qué, ni cómo, Leonidas y sus trescientos espartanos, pereciendo en las Termópilas al detener el numeroso ejército de Jerjes, ocupan un lugar mas alto en la historia del mundo que los héroes del catolicismo, que Pelayo triunfando en los desfiladeros del Auseba del ejército inmenso de Alkamah, inaugurando la monarquía de Oviedo y de Leon, y legando á sus sucesores la empresa de purgar enteramente de los árabes el suelo de la patria, empresa que debian retardar por ocho siglos, la desunion de los españoles, sus guerras intestinas, y las largas y desgraciadas minorías de sus reyes.

¡Ocho siglos de sangrientas y costosas lides median desde la gloriosa etapa de Covadonga á la no menos gloriosa de Granada. ¡Pelayo inauguró la lucha, Isabel la Católica la terminó!

Hemos considerado histórica y políticamente la victoria de Covadonga, y la inmensa influencia que ejerció en los destinos de la humanidad. Nada mas tenemos que pedir á la historia, examinemos la arqueología.

Aquella célebre victoria que dió fin á la brillante odisea de los árabes, fué atribuida justamente, por la piedad de los astures y por su santo rey, á la milagrosa intercesión de la Virgen María, cuya tosca imagen se hallaba sobre un rústico altar de la pequeña capilla de la Cueva Longa, teatro de sus glorias.

¿Quién había traído allí aquella imagen de la Madre del Redentor del mundo? ¿Quién había construido allí, con un atrevimiento asombroso del arte, una capilla en el aire, casi sin apoyo alguno, cerniéndose sobre el río Deva, aquel río del que cuentan las antiguas crónicas que se hizo mas grande con la sangre de los árabes?

El admirable artificio con que estaba construida aquella pequeña capilla, su ingenioso mecanismo para suspenderse sobre las aguas, la hicieron llamar ya desde entonces el *milagro de Covadonga*.

Nada refiere la historia ni de la antiquísima imagen, ni de su singular y extraordinaria capilla: Hay que acudir á la tradición, á la leyenda, para descubrir el origen de este santuario donde hace once siglos acuden los españoles á postrarse ante María con la piedad de cristianos, con el noble orgullo de los hijos de una patria que nunca toleró la dominación de los estranjeros. Cartagineses, romanos, godos, árabes, ningunos pudieron mantenerse en el suelo de España!

La imagen de la Virgen es como de media vara de alto; está toscamente labrada, de color moreno, y de una madera parecida al aloe, incorruptible, y en la que no ha penetrado la carcoma á pesar del transcurso de los siglos. Está de pie, con la mano izquierda estendida, y sobre la mitad del brazo descansa casi tendido mas bien que sentado el niño Jesus, que tiene en la mano izquierda una pequeña bola coronada de una cruz, representando el mundo. La Virgen, en la mano derecha que tiene plegada sobre el pecho, lleva una rama que quiere parecerse á una pequeña palma. Esta imagen de grandísima antigüedad, debió de haber sido traída á Asturias por alguno de los primeros cristianos que vinieron á evangelizar á aquel fragosísimo país.

Del origen de la imagen callan la tradición y la leyenda; del descubrimiento de la capilla de Covadonga, cuentan acordes la tradición y la leyenda, que por las asperezas de la montaña perseguía un día Pelayo á un delincuente que de repente se ocultó en una cueva en lo mas fragoso del Auseba. Llega Pelayo, intenta proseguir en la persecución del criminal, empero un anciano ermitaño que vivía en aquel agreste desierto le detiene, y le suplica perdón al infeliz que habia logrado llegar á aquella cueva consagrada á la Virgen María, y colocarse bajo su patrocinio. Templó su ira Pelayo, perdonó al delincuente, y entró en la cueva y se postró ante un rústico altar donde se reverenciaba una imagen de María, sin que el ermitaño pudiese darle razón de en que tiempo ni por quien allí hubiese sido colocada. Añade la tradición, que el venerable anciano le predijo en premio de su noble acción, que aquella cueva le serviría á él á su vez de asilo, y que desde ella comenzaría la reconstrucción del arruinado imperio de los godos.

La predicción del ermitaño tuvo el mas exacto y venturoso cumplimiento. Pelayo aprovechó grandemente la cueva que habia descubierto.

Hemos descrito al principio esta Cueva Longa con su ancha boca de cuarenta pies, y cuyo techo es de peña áspera y desigual, con varias covachas alrededor y en el fondo una capilla. Su piso lo forma parte de la peña, y cerca de la mitad unas vigas á noventa pies sobre el Deva, encajadas solo por un extremo en la roca. Sobre este frágil y movido piso de vigas hay un antepecho de cuarenta pies de largo, que es toda la extensión del frente de la Cueva. La ermita en el extremo del corredor es de tres varas cuadradas y de la misma altura, y en aquella estrechísima capilla se levanta el altar de la Virgen. En una de las covachas de la

derecha, y cerrada por una tosca verja de hierro, bajo una sencilla piedra descansa el cuerpo de Pelayo, el primer rey de Oviedo. En la covacha de enfrente, y en mas pobre sepultura aun, de piedra tosca empotrada en una de las paredes, descansa tambien el cuerpo de Alfonso I, el Católico. Allí están cual eternos guardadores de aquella Cueva donde juntos combatieron por la santa libertad de su patria.

A la muerte de Pelayo, que como Moisés no pudo entrar en la tierra prometida á su pueblo, es elegido rey Favila, su hijo, que pasó sobre el trono como un ligero meteoro, y despues es elegido Alfonso el compañero de Pelayo, el continuador de su grande empresa.

Alfonso funda al pié de la misma Peña de Covadonga, techo de sus antiguas glorias, un monasterio humilde, de estilo bizantino, donde dos monjes y un abad orasen delante de la imágen de María. Faltaron con el tiempo los recursos, y los monjes abandonaron el reducido monasterio. Felipe IV obtiene del papa Urbano VIII la erección del monasterio en colegiata, y el nombramiento de cuatro canónigos y un abad, obligándoles á vivir en comunidad, y seguir la regla de San Agustín. Hace á espensas de su tesoro real construir diez casas alrededor del antiguo monasterio para habitacion de los canónigos y hospedar á los muchos peregrinos que de todas las partes del mundo acudian á visitar aquel santuario.

Urbano VIII declaró además que la abadia de Covadonga seria una de las dignidades de la iglesia catedral de Oviedo.

La colegiata de Covadonga no podia, por privilegio de Carlos II, ser visitada por obispo ni persona alguna sin espreso mandamiento real, y su dependencia era directa de la Santa Sede.

Felipe V segregó del mayorazgo del principado de Asturias los lugares del coto de Covadonga, cuya propiedad cedió á la colegiata.

En nuestra época, cuando se han vendido todos los bienes del clero en España en 1841, se esceptuaron de la venta los bienes raices afectos al culto de la Virgen de Covadonga.

En 1844 fué creada colegiata de primera clase, y el último concordato celebrado con el papa Pio Nono, consagra y confirma espresamente su existencia con todas sus preeminencias, exenciones y privilegios, como el mas bello y antiguo monumento de esta nacion católica.

La estraordinaria capilla de Covadonga, que habia atravesado incólume tantos siglos, siendo de simple madera, pereció por un incendio en la noche del 18 de octubre del año 1777. Un rayo desprendido en medio de una horrible tempestad sobre la cueva, incendió la capilla. Solo el altar y la santa imágen de la Virgen se salvaron de las llamas.

Asturias, la España entera, se conmovió al triste anuncio de aquella calamidad. El católico Carlos III, el monarca de las grandes obras, interpretando el sentimiento general de su pueblo, trata de reedificar el antiguo é histórico santuario de un modo permanente y digno del progreso de las artes en el siglo XVIII. Buscó grandes arbitrios, aplicó al santuario canongías y beneficios vacantes, impuso pensiones á su favor sobre los obispos mas ricos, ordenó una cuestacion general en todos sus dominios de España y Ultramar, y respondiendo la devocion de los pueblos á sus deseos, constituyó un gran fondo, con el que ya el año siguiente de 1778 comenzó las obras.

El célebre arquitecto, don Ventura Rodriguez, fué el encargado de aquella grande obra, que debia, como tantas otras, haber inmortalizado el reinado de Carlos III, y que

se suspendió á su muerte, comenzando para desventura de la España otro reinado, de cuyos desastres, aun despues de cerca de un siglo, no ha convaltecido la nacion.

Quedó, sin embargo, construida la base, que era lo principal, el pedestal sobre que debia apoyarse el nuevo proyectado templo, que debia ser un templo greco-romano, redondo, con su vestibulo y cúpula sostenidos sobre columnas aisladas, y con el sepulcro de Pelayo, el restaurador de la monarquía, en medio.

Reconstruyóse, pues, el templo al antiguo estilo, si bien ha quedado la base, el magnífico pedestal del proyectado, y que costó un millon y novecientos mil reales.

El arquitecto de Carlos III al idear su templo sobre el rio, no se atrevió á colocarlo en el aire, y quiso fijarlo en una firmísima base que desafiara á la eternidad.

Encerró el Deva en una atrevida alcantarilla de piedra de sillería de quince pies de altura y nueve de anchura, y lo hizo correr oculto ochenta varas, para precipitarlo de una altura de sesenta pies en un semicírculo, formando una cascada, aunque no tan imponente como la de la cueva. La salida de la alcantarilla representa el frente de un castillo, por cuya puerta se precipita el rio levantando en el espacio su vaporosa espuma.

En este pintoresco monte, todos los años el día 8 de setiembre al pié de la cueva y junto á la colegiata, se reúne en devota romería el pueblo astur á conmemorar las glorias de Covadonga y á festejar á la Santa patrona de las montañas.

Cuando la reina doña Isabel II, en 27 de agosto de 1858, visitó las provincias de Castilla la Vieja, Leon, Asturias y Galicia, visitó el monte Auseba y su histórica cueva. En ella quiso que recibiese el Sacramento de la Confirmacion, por el obispo de Oviedo, y entre los sepulcros de dos héroes colosales del catolicismo, Pelayo y Alfonso, el niño destinado á sucederla un día en el trono, que lleva tan gloriosos nombres, y de quien fué padrino el gran Pio Nono, ese pontífice que á la triple corona de papa, por su lento y prolongado martirio moral en las tristísimas circunstancias en que se agita el mundo, ha reunido la corona de espinas de Cristo.

La reina Isabel enriqueció con rica generosidad el tesoro del santuario, empobrecido desde el incendio de 1777 en que perecieron las preciosas alhajas, dones de la religiosa piedad de Felipe II, de Felipe IV, de Carlos II y de la reina doña Bárbara, esposa de Fernando VI, que fueron los monarcas que mas se distinguieron por su devocion á la santa imágen de Covadonga. aunque todos los reyes de España miraron aquel santuario como la cuna de la monarquía, como su casa solariega, habiendo dado el título de principes de Asturias á los herederos de su corona.

Otros tres monumentos hay todavía que se relacionan con el gran suceso de Covadonga.

El campo del *Re Pelao*, sineope de Campo del Rey Pelayo, y es el punto donde el pueblo astur, entusiasmado con la victoria, confirmó al caudillo á quien ya antes habia dado en la cueva el nombre de rey, en cuyo hecho no están acordes los historiadores. Una modesta pirámide octógona, coronada con la cruz de la Victoria para perpetuar la memoria de este hecho, ha sido levantada por los duques de Montpensier, infantes de España, en el viaje á Asturias el 15 de junio de 1857, supliendo así un olvido de la gratitud nacional por espacio de once siglos.

El segundo monumento está á una legua de allí junto al pueblo de Soto, y es un campo llamado *De la Jura*. Allí

se verificó por las tropas vencedoras el juramento del monarca que proclamó la elección popular, y por once siglos consecutivos, en memoria de este hecho, allí juraron hasta 1808, al tomar posesión de sus cargos los jueces del concejo de Cangas, recuerdo lógico, que creaba los jueces en el punto mismo donde había nacido la autoridad.

El tercer monumento es la hermosa capilla levantada en medio de la vega de Cangas á la Santa Vera-Cruz, en el sitio mismo en que murió Alkamah, el poderoso wali, que con un inmenso ejército debió de someter á Asturias, y con

ella, según hemos demostrado, tal vez á toda la cristianidad!!!!.....

EL CONDE DE FABRAQUER.

MONACO.—HISTORIA DE ESTE PRINCIPADO.

El principado de Monaco, situado en el reino de Cerdeña entre las ciudades de Niza y Génova, se compone de las



Vista de Monaco.

poblaciones de Roccabruna, Menton y de la que da nombre al principado, que en su origen, sólo era un simple se-

ñorio, perteneciente desde el siglo X, á la familia Grimaldi, una de las mas poderosas de Genova. Grimaldi IV, príncipe